

EL CORAZÓN DE PIEDRA

5º- 7º

Quien viaje por Suabia no debería olvidarse nunca de echar una ojeada a la Selva Negra; y no por los árboles, aunque no se halle en todas partes tan enorme cantidad de abetos de tan magnífico tamaño, sino por su gente, que de forma curiosa se diferencia de la de los alrededores. Son más altos de lo corriente, anchos de hombros, de miembros vigorosos, y es como si la fragancia robustecedora que se esparce de mañana por entre los abetos les hubiera otorgado desde la juventud una respiración más espontánea, una visión más límpida y una audacia más recia, aunque también más ruda, que la de los habitantes de vegas y llanuras. Y no sólo por el porte y la estatura, sino también por las costumbres y trajes se distinguen de las gentes que viven fuera de la Selva Negra. Los hombres se dejan crecer la barba en torno a la barbilla, tal como les sale por naturaleza; sus negros jubones, sus enormes pantalones bombachos plisados, sus medias rojas y los sombreros puntiagudos, rodeados de una amplia arandela, les prestan un aire extraño, pero serio y respetable. Se dedican en general a la vidriería; también fabrican relojes y los envían a medio mundo.

En el otro extremo de la Selva vive una parte de la misma familia, pero su trabajo les ha proporcionado otros usos y costumbres diferentes de los vidrieros. Trafican con su bosque; abaten y talan sus abetos, los envían en balsas por los ríos, y desde la parte alta del Neckar, Rhin abajo, hasta llegar a Holanda; y a orillas del mar son bien conocidos los de la Selva Negra y sus largas balsas. Se detienen en todas las ciudades que hay junto al río, y aguardan altivos a que les compren sus maderos y sus tablas. Pero los maderos más largos y fuertes se los venden a un alto precio a los que construyen barcos con ellos. Por tanto, estos hombres están acostumbrados a una ruda vida vagabunda. Su alegría es navegar aguas abajo sobre sus maderos; su pesar, volver a la orilla. De ahí que su traje de fiesta sea tan diferente del de los vidrieros de la otra parte de la Selva Negra. Llevan jubones de lino oscuro, tirantes verdes de un palmo de ancho sobre su robusto pecho, pantalones de cuero negro de cuyo bolsillo asoma, como un distintivo, un metro de latón; pero su alegría y su orgullo son sus botas, tal vez las mayores que se llevan en cualquier parte del mundo, pues pueden meterse hasta dos palmos más arriba de la rodilla, y de este modo los almadieros pueden ir de un lado a otro sin mojarse las piernas hasta en aguas de tres pies de profundidad.

Todavía hasta hace poco, los habitantes de la Selva Negra creían en *los espíritus de los bosques*, y sólo en época reciente ha sido posible arrancarles de esta necia superstición. Pero lo curioso es que los espíritus de los bosques que, según la leyenda, habitan en la Selva Negra, han compartido también esta diferencia de indumentaria. Aseguraban que el *Hombrecillo de Cristal*, un geniecillo de cuatro pies y medio de altura, no se muestra más que con un pequeño sombrero de ala amplia, con jubón y pantaloncitos bombachos y medias rojas. *Michel*, que ronda por la otra parte de la Selva, tiene que ser un tipo gigantesco, de anchas espaldas, con la indumentaria de los almadieros, y varios de los que lo han visto afirman que no quisieran tener que costear de su

bolsillo las terneras cuya piel sería necesaria para sus botas. «*Son tan grandes, que un hombre corriente se metería en ellas hasta el cuello*», decían, pretendiendo no haber exagerado nada.

Un muchacho de la Selva Negra tuvo una singular aventura con estos genios, como os voy a contar. Vivía en la Selva Negra una viuda, llamada Bárbara Munk; su marido había sido carbonero, y a su muerte, ella fue animando a su hijo, un muchacho de dieciséis años, a dedicarse al mismo trabajo. El joven Peter Munk, un buen mozo, consintió en ello, porque en casa de su padre no había conocido otra cosa que pasarse la semana entera sentado junto al horno de carbón humeante, o ir a vender el carbón a las ciudades, negro y cubierto de hollín, provocando el asco de las gentes. Sin embargo, un carbonero tiene mucho tiempo para pensar en sí mismo y en los otros y, cuando Peter Munk se sentaba junto a su horno de carbón, el silencio profundo del bosque y los árboles sombríos que le rodeaban, hacían llorar su corazón y sentir una vaga añoranza. Algo le entristecía, algo le molestaba, y no sabía bien qué era. Por fin se dio cuenta de que lo que le molestaba era su situación.

—*Un carbonero negro y solitario* —se decía— *es una vida miserable*. ¡Qué distinguidos son los vidrieros, los relojeros e incluso los mismos músicos los domingos por la tarde! Y cuando Peter Munk aparece limpio y aseado, con el jubón de fiesta de su padre, con sus botones de plata y flameantes medias rojas, si alguien va detrás de mí y piensa: «¿*Quién es ese mozo?*», aprobando en su interior las medias rojas y mi caminar elegante, cuando me adelanta y se vuelve a mirar, seguro que dice: «*¡Anda, si sólo es Munk, el carbonero!*».

También eran objeto de su envidia los almadieros que vivían al otro lado. Cuando estos gigantes de los bosques regresaban con sus vistosos trajes, llevando en botones, hebillas y cadenas un quintal de plata sobre su cuerpo; cuando en actitud indolente presenciaban el baile, proferían maldiciones en holandés y fumaban en interminables pipas de Colonia, como los *Mynheers* más elegantes, el almadiero era para Peter la imagen más acabada del hombre feliz. Y cuando estos seres felices metían las manos en los bolsillos, sacándolas llenas de táleros, y jugaban a los dados, Peter se ponía fuera de quicio y, desconsolado, marchaba lentamente hacia su choza, pues alguna que otra noche de fiesta había podido ver cómo cualquiera de los «señores madereros» perdía en el juego más de lo que el viejo Munk hubiera podido ganar en un año. Entre estos hombres había sobre todo tres a los que Peter admiraba sobremanera. Uno era un hombretón gordo, de cara roja, que pasaba por ser el más rico de los contornos. Le llamaban Ezequiel el Gordo; iba dos veces al año a Ámsterdam, con madera para la construcción, y tenía siempre la suerte de venderla mucho más cara que otros, de modo que, cuando los otros volvían a casa a pie, él podía navegar aguas arriba majestuosamente. Otro era el hombre más alto y escuálido de toda la Selva. Se le conocía por *Schlurker el Largo*: a éste le envidiaba Munk por su extraordinaria audacia; contradecía a las personas más destacadas, y en la taberna, cuando no cabía ni un alfiler, necesitaba para él sólo más espacio que cuatro de los hombres más gordos, pues apoyaba los codos en la mesa o estiraba una de sus largas piernas sobre el banco, y nadie se atrevía a protestar, pues tenía muchísimo dinero. El tercero, un chico joven y apuesto, era el mejor bailarín de los alrededores, y de ahí que tuviera el sobrenombre de Rey del Baile. Había sido pobre y había servido como criado en casa de un maderero. De golpe se había hecho inmensamente rico; unos decían que había encontrado una olla llena de dinero bajo un viejo abeto; otros afirmaban que no

lejos de Bingen, en el Rhin, había pescado un fardo con monedas de oro, con ayuda del arpón que suelen usar los gancheros para pescar, y que el fardo formaba parte del gran *Tesoro de los Nibelungos* que está allí enterrado. En resumidas cuentas, se había enriquecido de repente y era considerado como un príncipe por jóvenes y viejos.

En estos tres hombres pensaba a menudo Peter Munk, el carbonero, cuando estaba sentado solo en el bosque. Es cierto que los tres tenían un defecto fundamental, que los hacía odiosos a la gente, ya que los habitantes de la Selva Negra son gente bonachona, y era su avaricia inhumana, su crueldad con los deudores y los pobres; pero ya se sabe lo que sucede con estas cosas: por muy odiados que fueran por su avaricia, no dejaban de gozar de prestigio por su dinero, pues ¿quién podía tirar como ellos las monedas como si el dinero cayera de los abetos?

—*No puedo seguir así* —se dijo un día Peter muy afligido, porque la víspera había sido fiesta y todo el mundo había estado en la taberna—. *Como no logre prosperar pronto, voy a hacerme yo mismo algo malo. ¡Si fuese respetado y rico como Ezequiel el Gordo, o tan audaz y poderoso como Schlurker, y si pudiera arrojar a los músicos táleros en vez de cruceros, y fuera tan famoso como el Rey del Baile! ¿De dónde puede sacar el dinero?*

Repasó toda clase de medios para lograr dinero, pero ninguno pareció satisfacerle; al final recordó también las leyendas de hombres que en épocas pasadas se habían enriquecido con la ayuda de Michel el Holandés o del Hombrecillo de Cristal. En los tiempos en que aún vivía su padre, solían venir de visita a menudo otras gentes humildes: en esas ocasiones se hablaba largo y tendido de personas ricas y del modo como se habían enriquecido; muchas veces desempeñaba un papel importante en ello el *Hombrecillo de Cristal*; por cierto que, si se esforzaba, casi podría recordar todavía los versos que era necesario recitar en la colina de los abetos, en medio del bosque, para que aquél apareciese. Empezaban así:

Tesorero de este bosque,
que cuentas años a cientos,
es tuya toda la tierra
donde se hallan los abetos...

Pero, por mucho que estrujaba su memoria, no podía recordar ningún verso más. Pensó con frecuencia si debería preguntar cómo eran las palabras mágicas a éste o a aquel anciano; pero cierta timidez le hacía siempre desistir de traicionar sus pensamientos o simplemente supuso que la leyenda del Hombrecillo de Cristal no debía de ser muy conocida, y que muy pocos se sabían el dicho, pues en la Selva no había muchos ricos, y además, ¿por qué, si no, no habían probado suerte su padre y las otras pobres gentes? Por fin, llevó a su madre en cierta ocasión a que le hablara del Hombrecillo de Cristal, pero ella le contó lo que ya sabía: tampoco conocía más que la primera estrofa del dicho y acabó por decirle que el geniecillo sólo se aparecía a aquellos que hubieran nacido en domingo, entre las once y las dos. Que él precisamente vendría que ni pintado para el asunto, si conociera el dicho, pues había nacido un domingo a las doce del mediodía.

Al oír esto, el carbonero Peter Munk se puso fuera de sí de alegría y de ansia por emprender la aventura. Le pareció bastante saber una parte del conjuro y haber nacido en domingo para que el Hombrecillo se le apareciera. Por eso un buen día, después de vender su carbón, no encendió otro

horno, sino que se vistió con el jubón de fiesta de su padre, se puso unas medias rojas nuevas y el sombrero de los domingos, cogió el bastón de endrino, que medía cinco pies, y se despidió de su madre:

—Tengo que ir a la ciudad, a la prefectura, pues pronto sortearán para el ejército y voy a advertirle otra vez al prefecto que sois viuda y yo vuestro único hijo.

La madre elogió su propósito; sin embargo, Peter se puso en camino hacia la colina de los abetos. La colina de los abetos está situada en lo más alto de la Selva Negra. Por aquel entonces, no existía en dos leguas a la redonda ni un pueblo, ni siquiera una choza, porque las gentes supersticiosas creían que aquel paraje era peligroso. Por altos y majestuosos que allí se levantarán los abetos, se talaba a disgusto la madera en aquella zona, pues con frecuencia a los leñadores que allí trabajaban les había saltado el hacha del astil, cayéndoles a los pies, o los árboles se habían desplomado verticalmente y al caer habían derribado y herido a los hombres, y hasta causado su muerte; por otra parte, los más hermosos árboles de aquel lugar no hubieran podido emplearse más que para leña, ya que los almadieros jamás admitían en su balsa ni una rama de la colina de los abetos, pues corría el rumor de que, cuando un abeto de la colina se hallaba entre los demás en el agua, traía la desgracia al hombre y a la madera. De ahí que la arboleda de la colina de los abetos fuera tan alta e impenetrable que en pleno día era casi de noche. Peter Munk experimentó allí una sensación de terror, pues no oía más voz ni más pasos que los suyos, ningún hachazo; hasta los mismos pájaros parecían evitar la espesura de los abetos.

El carbonero Peter Munk había alcanzado en aquel momento el punto más alto de la colina de los abetos y se hallaba ante un abeto de enorme tamaño, por el que cualquier armador holandés hubiera pagado allí mismo varios cientos de florines. Pensó que era probable que viviera allí el Tesorero. Se quitó su gran sombrero de los domingos, hizo una profunda reverencia ante el árbol, carraspeó y dijo con voz temblorosa:

*Tesorero de este bosque,
que cuentas años a cientos,
es tuya toda la tierra
donde se hallan los abetos...*

Mientras pronunciaba estas palabras vio con gran sobresalto una extraña y diminuta figura que asomaba por detrás del corpulento abeto; le pareció como si hubiera visto al Hombrecillo de Cristal, tal como le habían descrito: el jaboncillo negro, las diminutas medias rojas, el sombrerito, todo correspondía; creyó haber visto hasta la carita pálida, pero delicada y astuta, de la que se hablaba. Pero ¡ah!, tan rápido como apareció el Hombrecillo, se esfumó otra vez.

—Señor de Cristal —gritó Peter después de dudar algo—: sed indulgente y no me tengáis por loco. Señor de Cristal, si pensáis que no os he visto, os equivocáis de medio a medio. ¡Os he visto asomar por detrás del árbol!

Tampoco hubo respuesta: sólo en algún momento creyó percibir por detrás del árbol una risa ahogada, ronca. Su impaciencia terminó por vencer el miedo que hasta entonces le había detenido.

—¡Espera, mocito! ¡Pronto vas a estar en mis manos! —gritó.

Y de un salto se plantó detrás del abeto; pero allí no estaba el Tesorero del verde bosque de abetos; sólo una graciosa ardillita trepaba veloz por el árbol.

Peter Munk sacudió la cabeza: se dio cuenta de que había llevado el conjuro hasta un cierto grado y de que tal vez le faltaba sólo una rima para completar el dicho, de modo que podría atraer con ella al Hombrecillo de Cristal. Pero por más que pensó no encontró nada. La ardillita se dejó ver en las ramas inferiores del abeto, y le pareció que le provocaba o se burlaba de él. Se componía, enroscaba su bonita cola, le contemplaba con ojos astutos, pero Peter acabó por sentir casi miedo de estar a solas con el animal, pues la ardillita ya le parecía tener una cabeza humana y llevar un sombrero de tres picos, ya era como una ardilla cualquiera, sólo que en las patas traseras llevaba medias rojas y zapatos negros. Era, en suma, un animal divertido, pero Peter se estremeció de horror, pensando que allí había gato encerrado.

Peter se marchó con pasos más rápidos que los que había traído. La oscuridad del bosque de abetos pareció hacerse cada vez más negra, los árboles se erguían cada vez más impenetrables y Peter empezó a sentir tal terror que salió disparado de allí y sólo se tranquilizó al oír en la lejanía el ladrar de unos perros y distinguir al poco el humo de una choza entre los árboles. Pero, cuando se acercó y vio los trajes de la gente de la choza, descubrió que por miedo había tomado precisamente la dirección opuesta y había topado con los almadieros en lugar de con los vidrieros. Las gentes que vivían en la choza eran leñadores: un anciano, su hijo, el dueño de la casa y algunos nietos ya mayores. Acogieron con simpatía a Peter el carbonero, que les pidió albergue, sin preguntarle su nombre ni dónde vivía. Le dieron de beber sidra y por la noche sirvieron un gran urogallo, el manjar más exquisito de la Selva Negra.

Después de la cena, el ama y sus hijas se sentaron con sus ruelas en torno al gran fuego que los muchachos alimentaban con la más selecta resina de abeto; el abuelo, el huésped y el amo fumaban mientras contemplaban a las mujeres; los chicos se ocupaban en hacer tenedores y cucharas de madera. Fuera, en el bosque, bramaba el huracán azotando los abetos; aquí y allá se oían golpes violentos y a menudo parecía como si se desgajaran árboles enteros y se desmoronaran con estrépito. Los chicos querían salir a corretear audaces por el bosque para contemplar aquel espectáculo terriblemente hermoso, pero el abuelo los retuvo con gesto grave y palabras severas.

—Yo no aconsejaría a nadie que traspasara ahora la puerta —les gritó—. ¡Por Dios que jamás volvería! Michel el Holandés está talando un nuevo tronco en el bosque.

Los pequeños le miraron asombrados. Puede que ellos ya hubieran oído algo sobre Michel el Holandés, pero pidieron al abuelita que les hablase de él con detalle. También Peter Munk, que apenas había oído algo sobre Michel el Holandés en la otra parte de la Selva, se unió a su petición y preguntó al anciano quién era aquél y de dónde venía.

—Es el señor de estos bosques y, si a vuestros años no sabéis esto todavía, deduzco que venís de más allá de la colina de los abetos o incluso de más lejos. Os voy a contar lo que sé de Michel el Holandés y lo que cuenta de él la leyenda. Hace unos cien años (así lo contaba al menos

mi abuelo) no había en el mundo pueblo más honrado que los habitantes de la Selva Negra. Hoy día, desde que hay tanto dinero en la región, los hombres son desleales y malos. Los domingos, la gente joven baila y se divierte, blasfemando que es un horror. En otros tiempos era muy distinto y, aunque Michel el Holandés esté mirando ahora mismo por esa ventana, lo digo y lo he dicho muchas veces: tengo para mí que él es el culpable de toda esta corrupción. Vivía hace cien años, aún más, un rico maderero que tenía muchos criados; traficaba Rhin abajo hasta la desembocadura, y su negocio era fecundo, pues era un hombre piadoso. Una noche llegó hasta su casa un hombre como jamás había visto. Su vestimenta era como la de los mozos de la Selva Negra, pero le sacaría por lo menos la cabeza a cualquiera de ellos. Nunca hubiera creído que podía existir un gigante tal. Pidió trabajo en casa del maderero, y éste, considerándolo suficientemente fuerte y apto para trabajos duros, ajustó con él el salario y llegaron a un acuerdo. Michel era un obrero como el maderero no había tenido jamás.

En la tala de árboles valía por tres y, mientras que seis cargaban con un extremo, él solo llevaba el otro. Cuando había cortado madera durante medio año, se presentó un día ante su señor y le habló así:

—Ya he partido aquí bastante madera; ahora quisiera también ver adónde van a parar mis troncos. ¿Qué pasaría si me dejaseis ir alguna vez en la balsa?

El maderero respondió:

—Yo no quiero servirte de estorbo, Michel, si quieres ver un poco de mundo. La verdad es que, si para el corte de maderas necesito gente fuerte como tú, en las armadías, en cambio, todo es cuestión de habilidad, pero sea por esta vez.

Y así fue: la armadía con la que él debía partir constaba de ocho troncos, que además eran de los más grandes. Pero ¿qué ocurre? La noche anterior, el largo Michel trajo al río otros ocho maderos más, tan gruesos y largos como nadie los había visto jamás, y los llevó uno a uno al hombro con la misma agilidad que si se tratara de un gancho para los troncos, de modo que todos se quedaron espantados. En qué sitio los había talado, todavía hoy no lo sabe nadie. El maderero se alegró en el alma cuando los vio, pero calculó lo que podrían valer aquellas planchas. Michel dijo:

—Bien, éstos son para navegar yo; en esas pequeñas astillas de ahí me es imposible avanzar.

Su amo quiso regalarle como recompensa un par de botas de almadiero, pero él las tiró a un lado y sacó otro par como no se había visto hasta entonces; mi abuelo aseguraba que pesaban cien libras y medían cinco pies.

La armadía partió. Y, si antes Michel había provocado la admiración de los leñadores, ahora les tocó asombrarse a los almadieros, pues la armadía, en vez de deslizarse lentamente por el río, como hacían suponer sus enormes maderos, voló como una flecha en cuanto llegaron al Neckar. Como el Neckar hacía una revuelta y en otras ocasiones a los almadieros les había costado trabajo mantener la armadía en el centro para no encallar en un banco de arena o de guijarros, Michel saltaba cada vez al agua y de un empujón movía la balsa a derecha o izquierda, de modo que pasaba deslizándose sin peligro. Si venía un tramo recto, Michel saltaba al primer tronco, lo

hacía ir a toda vela, clavaba su enorme gancho en los guijarros, y con un solo impulso la armadía volaba de tal forma que la tierra y los árboles parecían pasar como una exhalación. De este modo, en la mitad del tiempo que otras veces se necesitaba, llegaron a Colonia, a orillas del Rin, donde solían vender su carga. Pero entonces dijo Michel:

—¡Buenos comerciantes estáis hechos! ¡Pues sí que entendéis bien vuestros intereses! ¿Acaso creéis que los de Colonia necesitan para ellos toda esta madera que viene de la Selva Negra? No: os la compran a vosotros por la mitad de su valor para venderla más cara en Holanda. Vendamos por tanto los maderos pequeños aquí y vayamos a Holanda con los grandes. Lo que saquemos por encima del precio habitual será para nosotros.

Así habló el astuto Michel y los demás estuvieron de acuerdo; unos, porque les gustaba que los llevaran a Holanda, para conocer el país; otros, por amor al dinero. Tan sólo hubo uno que fue honrado y quiso disuadirlos de exponer a un peligro las mercancías de su amo o de estafarle con un precio más alto, pero no le escucharon y olvidaron sus palabras. Sin embargo, Michel el Holandés no las olvidó. Navegaron con la madera por el Rin, aguas abajo. Michel gobernaba la armadía y la condujo velozmente a Rotterdam. Allí se les ofreció el cuádruple del precio inicial y, sobre todo, pagaron un dineral por los maderos de Michel. Cuando los de la Selva Negra vieron tanto dinero, no cabían en sí de alegría. Michel hizo el reparto: una parte, para el maderero; las otras tres, para los hombres. Y éstos se sentaron en las tabernas con marineros y gente de mal vivir, despilfarraron y perdieron su dinero; en cuanto al hombre honrado que quiso disuadirlos, Michel el Holandés lo vendió a un tratante de esclavos, y no se ha vuelto a oír hablar de él nunca más. Desde entonces Holanda fue el paraíso de los mozos de la Selva Negra, y Michel el Holandés, su rey. Durante mucho tiempo los madereros nada supieron del negocio. Imperceptiblemente fueron llegando de Holanda dinero, blasfemias, malas costumbres, bebidas y juego.

Cuando el asunto salió a relucir, no se encontró a Michel el Holandés en ninguna parte, pero eso no quiere decir que haya muerto; desde hace cien años trasgrea por el bosque, y se cuenta que ya ha ayudado a muchos a enriquecerse, pero a costa de sus pobres almas; no quiero decir más. Lo cierto es que todavía, en noches de tormenta como ésta, en la colina de los abetos, donde no se debe cortar leña, él elige por todas partes los abetos más hermosos, y mi padre le vio quebrar y derribar como si fuera una caña uno de cuatro pies de grueso. Con éstos obsequia a los que se apartan de la ley y acuden a él; a medianoche llevan los troncos al agua y rema con ellos hacia Holanda. Pero, si yo fuera rey y señor de Holanda, le abatiría a balazos, pues todos los barcos que tengan un solo madero de Michel el Holandés han de irse a pique por fuerza. De aquí viene que se oiga hablar de tantos naufragios, pues, de no ser así, ¿cómo podría zozobrar en el mar un barco bonito, imponente, tan grande como una catedral? Tantas veces como Michel el Holandés, en una noche de tormenta, tala un abeto en la Selva Negra, salta de la costura del barco uno de sus maderos viejos; el agua penetra y el barco se va a pique con toda la tripulación. Ésta es la leyenda de Michel el Holandés, y verdad es que todo lo malo de la Selva Negra procede de él.

¡Ah, puede hacerle a uno rico —añadió misteriosamente el anciano—, pero no quisiera tener nada suyo! Por nada del mundo querría estar en el pellejo de Ezequiel el Gordo o de Schlurker el Largo. También debe de haberse sometido a él el Rey del Baile.

La tormenta había amainado durante el relato del viejo; las muchachas encendieron tímidamente los candiles y se marcharon; los hombres pusieron encima del banco, junto al hogar, un saco de hojas como almohada para Peter y le desearon buenas noches.

Peter Munk no había tenido nunca pesadillas como aquella noche; a veces creía que el gigantesco y sombrío Michel el Holandés abría bruscamente las ventanas de la habitación y con su brazo enormemente largo introducía una bolsa llena de monedas de oro, que agitaba de tal manera que producía un sonido agradable y argentino; otras veía de nuevo al pequeño y amable Hombrecillo de Cristal cabalgar por todo el cuarto sobre una gran botella verde, y creía volver a oír su risa ahogada, como en la colina de los abetos; entonces le zumbaba otra vez en el oído izquierdo:

*¡Hay en Holanda mucho oro:
podéis tener cuanto queráis!
Sólo por un precio irrisorio,
¡oro, oro, mucho oro!*

Luego oía otra vez en su oído derecho la cancioncilla del Tesorero del verde bosque de abetos y una suave voz susurraba:

—Carbonero tonto, Peter Munk, carbonero tonto, no sabes hacer rimar un romance con «abeto», y eso que has nacido en domingo al dar las doce. ¡Rima, tonto, rima!

Gimió, suspiró en sueños, se esforzó por encontrar una rima, pero, como no había hecho ni una en su vida, su esfuerzo durante el sueño fue vano. Sin embargo, cuando se despertó con los primeros arreboles de la mañana, su sueño le pareció extraño; se sentó ante la mesa con los brazos cruzados y reflexionó sobre las insinuaciones que le resonaban aún en los oídos: «Rima, carbonero tonto, rima», se decía, golpeándose la frente con los dedos, pero no quería salir ninguna rima. Mientras seguía así sentado, con la mirada sombría, perdida, y pensaba en una rima como «abeto», pasaron tres jóvenes ante la casa, y uno de ellos cantó al pasar:

*En la montaña permanecí
y miré al valle donde nací.
Por última vez allí la vi.*

Por el oído de Peter cruzó como un relámpago, se levantó velozmente, se precipitó fuera de la casa, pues pensaba que no había oído bien, se lanzó en pos de los tres muchachos y, al vuelo, agarró rudamente por el brazo al cantor:

—Alto, amigo —gritó—, ¿qué habéis rimado con permanecer? Haced el favor de decirme lo que habéis cantado.

—¿A ti qué te importa? —objetó el de la Selva Negra—. Yo puedo cantar lo que me dé la gana. Y suelta ahora mismo mi brazo o...

—No, ¡tienes que decirme lo que has cantado! —chilló Peter, casi fuera de sí, agarrándole todavía más fuerte; pero los otros dos, al verlo, no se lo pensaron mucho y a violentos puñetazos arremetieron contra el pobre Peter y le zurraron de lo lindo, hasta que el dolor le hizo soltar la ropa del tercero y, agotado, cayó de rodillas.

—Ahora ya tienes tu merecido —dijeron ellos riendo—, y aprende, insensato, a no agredir en medio del camino a gente como nosotros.

—¡Ah, ya lo creo que he aprendido! —respondió Peter gimiendo—. Pero, ya que me he ganado las bofetadas, tened la bondad de decirme claramente lo que ha cantado ése.

Volvieron ellos a reírse y se burlaron de Peter; pero el que había cantado la canción, se la repitió, y se marcharon cantando y riendo.

—¡Así que nacer! —dijo el desgraciado aporreado, levantándose penosamente—. Nacieron con abeto. Ahora, Hombrecillo de Cristal, vamos a volver a tener unas palabras.

Entró en la choza, cogió su sombrero y su largo bastón, se despidió de los habitantes de la choza y emprendió su camino de vuelta a la colina de los abetos. Marchaba despacio y meditando, pues tenía que inventarse un par de versos. Por fin, al adentrarse en el paraje de la colina de los abetos donde los árboles se hacen más altos e impenetrables, resultó que Peter encontró la rima y dio un salto de alegría. En aquel momento salió de detrás de los abetos un hombre gigantesco, vestido de almadiero y con un gancho como un mástil en la mano. Peter Munk casi cayó de rodillas al ver que se le acercaba a paso lento, pues pensó que no era ni más ni menos que Michel el Holandés. La imponente figura permaneció silenciosa. Peter, tembloroso, le miraba de reojo, de cuando en cuando. Era cierto que le llevaba la cabeza al hombre más alto que Peter había visto, su cara no era ya joven ni tampoco vieja, pero estaba llena de bolsas y arrugas; llevaba un jubón de lino, y las enormes botas, que sobresalían por encima de los pantalones de cuero, eran bien conocidas de Peter por la leyenda.

—Peter Munk, ¿qué haces en la colina de los abetos? —preguntó por fin el rey de la Selva, con voz profunda y estremecedora.

—Buenos días, paisano —contestó Peter, queriendo mostrarse imperturbable, pero temblando de pies a cabeza—. Voy a casa por la colina de los abetos.

—Peter Munk —replicó aquél, lanzándole una mirada terrible y penetrante—, tu camino no pasa por este bosque.

—Bueno, no precisamente —dijo éste—, pero, como hoy hace calor, pensé que aquí se estaría más fresco.

—No mientas, carbonero Peter —gritó Michel con voz atronadora—, o te derribaré con mi estaca. ¿Crees que no te he visto mendigar al pequeño? —añadió más suavemente—. Venga, venga, que eso fue una tontería y lo bueno fue que no conocieras el dicho. El pequeño es un miserable, no da mucho, y a quien se lo da, no estará muy contento con su suerte. Peter, eres un pobre diablo y me das pena. Un buen mozo, valiente, que bien podrías hacer algo en la vida, ¡y tienes que andar carboneando! Mientras otros se sacan de la manga grandes táleros o ducados, tú apenas si puedes gastar unos céntimos. ¡Eso sí que es una vida miserable!

—Es cierto, tenéis razón: una vida miserable.

—A mí eso no me importa —prosiguió el imponente Michel—, *pues ya he sacado de apuros a algún buen mozo; no serías tú el primero. Anda, di, ¿cuántos cientos de táleros necesitas para empezar?*

Al decir esto, agitó las monedas en su enorme bolsillo, que volvió a sonar como en el sueño de aquella noche. Pero el corazón de Peter palpitó, temeroso y dolorido, ante aquellas palabras. Sintió frío y calor: Michel el Holandés no tenía aspecto de dar dinero por compasión, sin exigir nada a cambio. Recordó las misteriosas palabras del anciano acerca de los hombres ricos y, acosado por un miedo y una inquietud inexplicables, exclamó:

—*Muchas gracias, señor, pero no quiero tener nada que ver con vos; ya os conozco.*

Y salió corriendo a más no poder. Pero el genio del bosque se le acercó a enormes zancadas y murmuró, sordamente y en tono amenazador:

—*Todavía te has de arrepentir, Peter; sobre tu frente está escrito, se lee en tus ojos; tú no puedes rehuirme. No corras tanto, oye al menos una palabra razonable; allí está ya mi límite.*

Pero, cuando Peter oyó esto y vio una pequeña zanja ante él, a poca distancia, se apresuró aún más para rebasarla, de modo que Michel tuvo que acabar por correr más, persiguiéndole con amenazas y maldiciones. Con un salto desesperado el joven pasó por encima de la zanja, pues vio que el genio del bosque levantaba la mano con su gancho y trataba de alcanzarle con él. Llegó finalmente al otro lado; el gancho se hizo astillas en el aire, como contra un muro invisible, yendo a caer junto a Peter un trozo largo.

Lo levantó triunfante para lanzárselo al oso Michel el Holandés, pero en ese momento sintió removerse en su mano el trozo de madera, y vio con horror que lo que sostenía en la mano era una serpiente enorme, que con la lengua espumosa y ojos fulgurantes se revolvía contra él. La soltó, pero se había enroscado en torno a su brazo y se acercaba cada vez más a su cara balanceando la cabeza. En aquel preciso momento, un enorme urogallo cayó como una tromba, atrapó la cabeza de la serpiente con el pico y se elevó con ella por los aires. Michel el Holandés, que había visto todo desde la zanja, aulló, gritó y maldijo, cuando la serpiente fue arrebatada como por algún poder.

Agotado y tembloroso continuó Peter su camino. El sendero se hacía más escarpado, el paraje más agreste, y Peter se encontró pronto junto al enorme abeto. Como el día anterior, repitió su reverencia ante el invisible Hombrecillo de Cristal y luego comenzó:

*Tesorero de este bosque,
que cuentas años a cientos,
es tuya toda la tierra
donde se hallan los abetos:
sólo dejas que te vean
los que en domingo nacieron.*

—La verdad es que no te ha salido bien del todo, pero por ser tú, Peter Munk, el carbonero, puede pasar —dijo a su lado una voz suave y fina.

Peter miró alrededor sorprendido y, bajo un hermoso abeto, vio sentado a un hombrecillo viejo, con jubón negro, medias rojas y un gran sombrero en la cabeza. Tenía una carita menuda y amable, y una pequeña barba tan sutil como una telaraña; fumaba en pipa de cristal azul, cosa que resulta un espectáculo extraño, y, cuando Peter se acercó más, vio para asombro suyo que la vestimenta, zapatos y sombrero del Hombrecillo también eran de cristal de colores, pero elástico como si aún estuviera caliente, pues se amoldaba a cualquier movimiento del hombrecillo como un paño.

—Te has encontrado con el rufián de Michel, ¿eh? —dijo el Hombrecillo tosiendo un poco entre cada palabra—. ¡Bien te ha querido atemorizar! Pero le he hecho soltar su palo mágico y no lo va a recuperar nunca.

—Sí, señor Tesorero —respondió Peter, con una profunda reverencia—. Tuve mucho miedo. Pero, por cierto, vos habéis sido el señor urogallo que ha mordido de muerte a la serpiente. Os lo agradezco muchísimo. Pero he venido para que me aconsejéis: me va muy mal y tengo muchas dificultades. Un carbonero no puede llegar muy lejos; como todavía soy joven, pensaba que podría llegar a algo mejor; pero, cuando veo a menudo dónde han llegado otros en poco tiempo, sin ir más lejos Ezequiel y el Rey del Baile, que tienen dinero como agua...

—Peter —le interrumpió el Hombrecillo con la máxima seriedad, lanzando a distancia el humo de su pipa—, Peter, no me hables de esos. ¿De qué les sirve lo que han conseguido, si aquí tienen apariencia de ser felices unos años, para ser después tanto más desgraciados? No debes despreciar tu oficio: tu padre y tu abuelo fueron gente honrada y también lo ejercieron, Peter Munk. Quiero pensar que no es el apego a la ociosidad lo que te trae a mí.

Peter se asustó de la gravedad del Hombrecillo y enrojeció.

—No —dijo—. Sé muy bien que la ociosidad es madre de todos los vicios, señor Tesorero del bosque de los abetos, pero no podéis tomar a mal que otro oficio me guste más que el mío. Mirad, un carbonero es en definitiva algo insignificante en este mundo; los vidrieros, los almadieros, los relojeros y todos los demás son más distinguidos.

—Con frecuencia es mayor la caída cuanto más alto se ha subido —respondió algo más amable el pequeño señor del bosque de los abetos—. ¡Los Hombres sois una raza extraña! Rara vez está uno satisfecho por completo con la posición en que ha nacido y en la que se ha criado; si fueras vidriero, querrías ser maderero; y, si fueras maderero, te gustaría el oficio de guardabosque o la casa del prefecto. ¿Y de qué sirve esto? Pero bueno, si prometes trabajar bien, te voy a ayudar a conseguir algo mejor. Peter. A todo hombre nacido en domingo que sabe cómo encontrarse conmigo, suelo concederle tres deseos. Los dos primeros son libres. El tercero, si es disparatado, puedo denegarlo. Así que pide algo ahora; pero, Peter, pide algo bueno y provechoso.

—¡Ah, y cuán excelente sois, Hombrecillo de Cristal! ¡Con razón se os llama Tesorero, pues en vuestra casa están los tesoros! Bueno, ya que puedo desear lo que mi corazón anhela,

quiero, en primer lugar, saber bailar mejor aún que el Rey del Baile y llevar siempre tanto dinero a la taberna como él.

—¡Insensato! —respondió el Hombrecillo encolerizado—. ¡Que deseo tan estúpido es éste: saber bailar bien y tener dinero para el juego! ¿No te avergüenzas, estúpido, de engañarte así respecto a tu felicidad? ¿De qué os servirá a ti y a tu pobre madre que sepas bailar? ¿De qué te servirá tu dinero, si según tu deseo es sólo para la taberna y, como el del desdichado Rey del Baile, se queda allí? Así vuelves a quedarte sin nada para toda la semana y a estar en la miseria como antes. Todavía te concedo otro deseo, pero trata de pedir con más sensatez.

Peter se rascó detrás de la oreja y, después de dudar dijo:

—Pues deseo la vidriería más hermosa y rica de toda la Selva Negra, con su equipo completo, y dinero para dirigirla.

—¿Nada más? —preguntó el Hombrecillo con aspecto preocupado—. ¿Nada más, Peter?

—Podríais añadir todavía un caballo y un carro...

—¡Ah, carbonero estúpido! —exclamó el Hombrecillo, arrojando disgustado contra un abeto corpulento la pipa de cristal de modo que se rompió en mil pedazos—. ¿Caballos, carros? ¡Juicio, te digo yo, juicio, sano sentido común y entendimiento debieras haber pedido en vez de caballitos y carros! Ea, no te pongas tan triste: cuidaremos de que no se vuelva en perjuicio tuyo, pues el segundo deseo no era tan descabellado. Una buena vidriería sustenta bien a su dueño; con que hubieras llevado también inteligencia y juicio, los carros y los caballos habrían venido por añadidura.

—Pero, señor Tesorero —respondió Peter—, me queda otro deseo. Podría pedir juicio, si consideráis que es tan absolutamente necesario.

—De ninguna manera. Todavía te verás en algún apuro y te alegrarás de que aún te quede un deseo. Y ahora ponte en camino hacia casa. Aquí tienes —dijo el geniecillo del bosque sacando una bolsita—, aquí tienes dos mil florines: con éstos basta, y no vuelvas a pedirme dinero, pues entonces tendría que colgarte del abeto más alto. Desde que vivo en el bosque, así lo he hecho siempre. Hace tres días ha muerto el anciano Winkfritz, que tenía la gran vidriería del bosque de abajo. Ve allí mañana temprano y haz una oferta por la industria, como es justo. Pórtate bien, sé trabajador, y de vez en cuando te visitaré y te ayudaré con mi consejo y mi apoyo, puesto que no has pedido juicio. Pero, y esto te lo digo muy en serio, tu primer deseo fue malo. Guárdate de andar por la taberna; a la larga, Peter, todavía no le ha hecho bien a nadie.

Mientras decía esto, había sacado una nueva pipa del más bello cristal marfileño, la rellenó de piñas de abetos secas y se la metió en su pequeña y desdentada boca. Sacó después un enorme espejo, se puso al sol y encendió su pipa. Cuando hubo terminado, le dio cordialmente la mano, le hizo algunas advertencias en el camino, fumó y echó el humo cada vez con más rapidez, desapareciendo por fin en una nube de humo que despedía olor a auténtico tabaco holandés y que en lentos anillos flotó sobre las copas de los abetos.

Cuando Peter volvió a casa, encontró a su madre muy preocupada por él, pues la buena mujer se temía que su hijo hubiera sido alistado como soldado; pero éste volvía contento y de buen humor, y le contó cómo en el bosque había encontrado a un buen amigo que le había prestado dinero para empezar otro trabajo distinto. Aunque su madre vivía desde hacía ya treinta años en la carbonería y estaba acostumbrada a ver gentes ennegrecidas por el hollín, como todas las molineras lo están al rostro enharinado de su marido, fue lo bastante vanidosa para despreciar su antigua posición en cuanto su Peter le hizo vislumbrar una posición más brillante, y dijo:

—Sí, como madre de un hombre que posee una vidriería, no tengo nada que ver con ésta y la otra, y en lo sucesivo me sentaré delante en la iglesia, donde se coloca la gente bien.

Su hijo llegó pronto a un acuerdo con los herederos de la vidriería. Conservó a los obreros que allí trabajaban, y mandó que día y noche se produjera vidrio. Al principio le gustó el oficio; solía acudir tranquilamente a la vidriería, por donde se movía con paso elegante y las manos metidas en los bolsillos, mirando aquí y allá, diciendo esto o lo otro, de lo cual se reían muchas veces, y no poco, los obreros. Su mayor placer era ver soplar el vidrio, y a veces se ponía él mismo al trabajo y formaba las figuras más curiosas con la masa blanda todavía. Sin embargo, pronto le resultó insufrible el trabajo: al principio empezó por ir una hora al día nada más a la cabaña; luego, cada dos días, y finalmente, sólo una vez a la semana, con lo que los operarios hacían lo que querían. Pero todo esto no venía más que de frecuentar la taberna. El domingo, después de volver de la colina de los abetos, entró en la taberna, y en ese momento saltaba a la pista el Rey del Baile; también Ezequiel el Gordo estaba sentado ante el jarro de cerveza y se jugaba táleros reales. Peter se metió rápidamente la mano en el bolsillo para ver si el Hombrecillo de Cristal había mantenido su palabra y, ¡oh prodigio!, su bolsillo estaba rebosante de oro y plata; las piernas se le iban solas a bailar y brincar; cuando terminó el primer baile, se colocó con su pareja a la cabeza, junto al Rey del Baile, y, si éste daba un salto de tres pies, Peter llegaba hasta cuatro; y, si marcaba pasos caprichosos y hacía filigranas, Peter daba tales vueltas y piruetas con los pies, que todos los espectadores quedaban casi fuera de sí, de regocijo y asombro. Cuando se supo en la pista que Peter había comprado una vidriería, cuando vieron que cada vez que pasaba bailando junto a los músicos les echaba unas moneditas, el asombro fue inmenso. Unos creían que habría encontrado un tesoro en el bosque, otros pensaban que habría heredado, pero todos le respetaban ahora y le tenían por un hombre afortunado sólo porque tenía dinero. Aquella misma noche perdió en el juego veinte florines y, con todo, seguía sonando su bolsillo, como si todavía hubiera dentro cien táleros.

Cuando Peter vio cómo le consideraban, no cabía en sí de gozo y orgullo. Despilfarró el dinero a manos llenas y lo repartió entre los pobres en abundancia, sabiendo cómo le había agobiado a él antes la pobreza. Las habilidades del Rey del Baile quedaron oscurecidas por las asombrosas capacidades del nuevo bailarín y desde entonces Peter llevó el sobrenombre de Emperador del Baile. Los jugadores más arriesgados del domingo no apostaban tanto como él, pero tampoco perdían tanto. Y, cuanto más perdía, más ganaba. Todo sucedía como se lo había pedido al Hombrecillo de Cristal. Había deseado tener en el bolsillo tanto dinero como Ezequiel el Gordo y era precisamente con él con quien perdía su dinero. Si perdía de una vez veinte o treinta florines, los volvía a tener en el bolsillo tan pronto como Ezequiel se los embolsaba.

Poco a poco fue sobrepasando en la vida licenciosa y en el juego a los tipos más disipados de la Selva Negra, y le llamaban con más frecuencia “Peter el Jugador” que el Emperador del Baile, pues ahora jugaba además casi todos los días de trabajo. De ahí que su vidriería decayera cada vez más por causa de la insensatez de Peter. Mandaba que se hiciera todo el vidrio posible, pero con la choza no había comprado el secreto de dónde venderlo mejor. Terminó por no saber qué hacer con toda aquella cantidad de cristal y por venderlo a los buhoneros a mitad de precio, sólo para pagar a sus trabajadores.

Una noche volvía de la taberna a su casa y, a pesar de haber bebido mucho vino para animarse, pensaba con horror y pena en la ruina de su negocio. De repente notó que alguien caminaba junto a él, miró a su alrededor y, ¡oh sorpresa!, era el Hombrecillo de Cristal. Entonces montó en cólera, jurando y perjurando que el Hombrecillo era el culpable de toda su desgracia.

—¿Qué hago yo ahora con el caballo y el carro? —exclamó. *¿De qué me sirve la vidriería y todo el vidrio? Incluso cuando era un miserable carbonero vivía más alegre y no tenía preocupaciones. Ahora no sé cuándo vendrá el prefecto a tasar mi hacienda y embargarme por deudas.*

—¿Ah, sí? —respondió el Hombrecillo de Cristal—. *Así que soy yo culpable de que seas desgraciado... ¿Es éste el agradecimiento a mis favores? ¿Quién te mandó ser tan insensato en tus peticiones? ¿Querías ser vidriero y no sabías dónde vender el vidrio? ¿No te dije que debías pedir con más prudencia? Sensatez, Peter, e inteligencia es lo que te ha faltado.*

—¿Qué dices de sensatez e inteligencia? —exclamó aquél—. *Soy tan inteligente como cualquiera y te lo demostraré, Hombrecillo de Cristal.*

Y, diciendo esto, agarró salvajemente por el cuello al Hombrecillo y gritó:

—¡Ahora te tengo, Tesorero del verde bosque de abetos! Y ahora quiero hacer mi tercera petición, que me tendrás que conceder. Quiero aquí, en el acto, doscientos mil táleros de plata y una casa y... ¡ay! —gritó sacudiendo la mano, pues el Hombrecillo del Bosque se había transformado en vidrio incandescente y le quemaba en ella como fuego chispeante. Pero del Hombrecillo no se veía ni rastro.

La mano hinchada le recordó durante varios días su ingratitud y su insensatez, pero después acalló su conciencia y se dijo que, aunque le vendieran la vidriería y todo lo demás, le quedaba Ezequiel el Gordo y que, mientras éste tuviera dinero los domingos, a él no le faltaría.

¡Sí, Peter! Pero ¿y si él no lo tiene? Así sucedió un día y, por cierto, resultó un curioso problema de cálculo. Sucedió que un domingo llegó Peter en coche a la taberna. Las gentes sacaban la cabeza por la ventana y uno dijo:

—Ahí viene Peter el Jugador. Y el otro:

—Sí, el Emperador del Baile, el rico vidriero. Un tercero movió la cabeza diciendo:

—Con dinero ya puede hacerse eso; pero se habla mucho de sus deudas y en la ciudad andan diciendo que el prefecto no tardará en embargarle.

Mientras tanto, el opulento Peter saludó con elegancia y solemnidad a los parroquianos que estaban en las ventanas, bajó del coche y gritó:

—*Buenas tardes, posadero de El Sol. ¿Está ya aquí Ezequiel? Y una voz grave exclamó:*

—*¡Adelante, Peter! Tu puesto te está reservado: nosotros ya estamos jugando.*

Peter entró en la taberna, se metió enseguida la mano en el bolsillo y se percató de que Ezequiel debía de estar bien provisto, pues su bolsillo estaba lleno hasta arriba.

Se sentó a la mesa con los demás, jugó y unas veces perdió, otras ganaron. Jugaron hasta que los hombres de bien se marcharon a casa, cuando se hizo de noche, y siguieron jugando a la luz del candil hasta que otros dos jugadores dijeron:

—*Bueno, basta ya: tenemos que volver a casa con la mujer y los hijos.*

Peter el Jugador desafió a Ezequiel a quedarse. Durante un buen rato, éste se resistió, pero al fin exclamó:

—*Bueno, voy a contar mi dinero y vamos a jugar a los dados con una apuesta de cinco florines, pues menos es un juego de niños.*

Sacó la bolsa, contó y encontró cien florines: Peter supo lo que tenía sin necesidad de contar lo suyo. Pero, si antes había ganado, ahora Ezequiel perdía una vez tras otra, maldiciendo espantosamente. Tan pronto como él hacía parejas. Peter también las hacía, y siempre dos puntos más altas. Ezequiel puso al fin los dos últimos florines sobre la mesa y gritó:

—*Otra vez, y aunque vuelva a perder, no voy a dejarlo. ¡Si es así, me prestas de tus ganancias, Peter, que un hombre bueno ayuda a otro!*

—*Todo lo que quieras, incluso si fueran cien florines* —exclamó el Emperador del Baile, contento de haber ganado. Ezequiel agitó los dados e hizo quince.

—*¡Trío! —gritó—. ¡Veremos ahora!* Peter hizo dieciocho. Y una voz ronca, conocida, dijo a su espalda:

—*Bien, esto era lo último.*

Se volvió: tras él estaba el gigantesco Michel. Atemorizado. Peter soltó el dinero que ya había retirado. Ezequiel el Gordo no vio al genio del bosque y exigía que Peter le adelantase diez florines para jugar. Como en sueños, Peter se metió a mano en el bolsillo, pero no había dinero; buscó en el otro y dio la vuelta a la chaqueta, pero no cayó ni un céntimo, y entonces reparó en su primer deseo: tener siempre tanto dinero como Ezequiel el Gordo. Todo se había desvanecido como el humo.

El tabernero y Ezequiel le miraban sorprendidos mientras él buscaba sin poder encontrar el dinero. No le querían creer que ya no tuviera más; pero cuando ellos mismos registraron sus bolsillos, se encolerizaron y juraron que Peter el Jugador era un mago malvado que por arte de magia había mandado a su casa todo el dinero ganado y además el suyo. Peter se defendía enérgicamente, pero las apariencias estaban en su contra. Ezequiel dijo que iba a contar la terrible historia a toda la gente de la Selva Negra, y el ventero le prometió ir al día siguiente muy de mañana a la ciudad

para denunciar por hechicero a Peter Munk y añadió que ya vería cómo le quemaban. A continuación se abalanzaron furiosos sobre él, le arrancaron el jubón del cuerpo y lo arrojaron a la calle.

Ni una estrella brillaba en el cielo cuando Peter se dirigía abrumado hacia su casa, pero aun así reconoció a una figura oscura que caminaba junto a él y que al fin dijo:

—Estás acabado, Peter Munk: toda tu gloria ha terminado. Esto te lo podría haber dicho yo en aquella ocasión en que no quisiste nada conmigo y acudiste al estúpido del enano de cristal. Ya ves de qué sirve desdeñar mi consejo. Pero prueba una vez conmigo: me compadezco de tu destino; nadie se ha arrepentido de haberse dirigido a mí: y, si no te arredra el camino, mañana estaré todo el día en la colina de los abetos, si me llamas.

Peter sabía muy bien quién le hablaba, pero se quedó sobrecogido. No contestó nada, sino que salió corriendo hacia su casa.

En la mañana del lunes, cuando Peter fue a su vidriería, estaban allí, además de sus obreros, otras gentes a las que no se mira con buenos ojos: el prefecto y tres alguaciles. El prefecto dio los buenos días a Peter y le preguntó qué tal había dormido; a continuación, sacó una larga lista en la que figuraban los acreedores de Peter.

—¿Podéis pagar o no? —preguntó el prefecto con mirada severa—. Y abreviad, que no tengo mucho tiempo que perder, y en la torre ya han dado las tres.

Peter se acobardó, declaró que no tenía nada más y dejó al prefecto tasar la casa, la vidriería y la cuadra, el carro y los caballos. Mientras los alguaciles y el prefecto andaban de un lado para otro, inspeccionando y tasando, pensó que la colina de los abetos no estaba lejos y que, si el pequeño no le había ayudado, probaría esta vez con el grande. Corrió hacia la colina de los abetos, tan rápido como si le vinieran pisando los talones los alguaciles; al pasar corriendo por el lugar en que por primera vez habló con el Hombrecillo de Cristal, sintió como si una mano invisible le detuviera, pero se soltó con violencia y siguió corriendo hasta el límite en el que ya antes se había fijado. No bien hubo gritado, casi sin aliento: «¡Michel el Holandés! ¡Michel el Holandés!», ya tenía delante al enorme almadiero con su vara.

—¿Vienes? —le dijo riendo—. ¿Han querido arrancarte la piel y vendérsela a tus acreedores? Venga, tranquilízate; todas tus desgracias vienen del pequeño Hombrecillo de Cristal, de ese separatista santurrón. Cuando se regala, hay que regalar bien, y no como ese tacaño. Pero ven —continuó dirigiéndose al bosque—, sígueme a mi casa; allí vamos a ver si llegamos a un acuerdo.

«¿Llegar a un acuerdo? —pensó Peter—. ¿Qué puede querer de mí, qué puedo tratar con él? ¿Tengo que servirle o qué querrá?». Al principio anduvieron cuesta arriba por un escarpado sendero y de repente se detuvieron ante un desfiladero rocoso, oscuro e impenetrable. Michel el Holandés bajó saltando como por una suave escalinata de mármol; Peter casi se desmayó, pues cuando aquél llegó abajo se hizo tan grande como la torre de una iglesia y le gritó, tendiéndole un brazo largo como una lanzadera, con la mano tan ancha como la mesa de una taberna:

—*Siéntate sin más en mi mano y agárrate a los dedos para no caerte.*

Temblando, Peter hizo lo que le ordenaba, se sentó sobre la mano y se agarró al pulgar del gigante.

Descendieron muy hondo, pero, para asombro de Peter, allí no había más oscuridad; al contrario, pareció como si en el desfiladero aumentara la claridad del día y los ojos de Peter no la pudieron soportar por mucho tiempo. A medida que Peter bajaba, Michel se empequeñeció otra vez y, ya con su tamaño primitivo, se detuvo ante una casa, tan pequeña o tan buena como pudieran tenerla los labradores ricos de la Selva Negra. La estancia a la que Peter fue conducido no se diferenciaba de las de otras gentes más que en lo solitaria que parecía.

El reloj de madera de la pared, la enorme estufa de azulejos, los amplios bancos, los utensilios de cocina sobre los vasares estaban allí como en cualquier otra parte. Michel le indicó un lugar tras la gran mesa, salió luego y volvió enseguida con un jarro de vino y vasos. Sirvió vino y a continuación se pusieron a charlar. Michel el Holandés habló de los placeres del mundo, de países lejanos, de hermosos ríos y ciudades, de modo que Peter acabó por sentir una gran nostalgia y se lo dijo abiertamente al holandés.

—*Tienes en todo el cuerpo fuerza y valor para emprender algo y, sin embargo, te han podido hacer temblar un par de latidos del estúpido corazón. ¿Y las ofensas a la honra y el infortunio o cosas por el estilo van a preocupar a un tipo inteligente como tú? ¿Lo ha sentido tu cabeza cuando hace poco te llamaba uno estafador y ladrón? ¿Te dolió el estómago cuando vino el prefecto a echarte de la casa? Dime, ¿qué es lo que te ha dolido?*

—*El corazón* —dijo Peter, apretando con la mano su pecho palpitante, pues se sentía como si su corazón se removiese angustiado.

—*Tú has despilfarrado, no me lo tomes a mal que te lo diga, muchos cientos de florines con mendigos indeseables y demás gentuza: ¿de qué te ha servido? Te desearon bendiciones y salud. ¿Y estás más sano por eso? Con la mitad del dinero derrochado habrías mantenido a un médico. ¡Bendiciones! ¡Menuda bendición es verse embargado y desahuciado! ¿Y qué te impulsaba a meterte la mano en el bolsillo tantas veces como un mendigo te tendía su sombrero andrajoso?... Tu corazón, siempre tu corazón, y no tus ojos ni tu lengua, no tus brazos ni tus piernas, sino tu corazón. Como bien se dice, te lo has tomado demasiado a pecho.*

—*Pero ¿cómo puede uno acostumbrarse a que no sea así? Hago todo lo posible por contenerle, pero mi corazón late y me duele.*

—*Desde luego que tú, pobre diablo* —exclamó riéndose—, *no puedes hacer nada; pero dame a mí esa cosa estúpida que no hace más que latir, y vas a ver lo a gusto que te quedas.*

—*¿Mi corazón, a vos?* —gritó Peter horrorizado—. *¡Entonces tendría que morir en el acto! ¡Eso nunca!*

—*Es cierto que, si uno de vuestros señores cirujanos pretendiera sacarte el corazón del cuerpo, tendrías que morir. Pero conmigo es diferente; anda, entra y convéncete tú mismo.*

Al decir esto se levantó, abrió la puerta de una habitación e hizo entrar a Peter. Su corazón se encogió violentamente al traspasar el umbral, pero no le prestó atención, porque el espectáculo que se le presentaba era singular y sorprendente. Sobre varios estantes de madera había vasos llenos de un líquido transparente y en cada uno de los vasos había un corazón; había unas etiquetas pegadas en los vasos y nombres escritos en ellas, que Peter leyó con curiosidad; allí estaba el corazón del *prefecto de F.*, el corazón de *Ezequiel el Gordo*, el corazón del *Rey del Baile*, el corazón del *guardabosque mayor*; había seis corazones de *especuladores de trigo*, ocho de *oficiales de reclutamiento*, tres de *agentes de cambio*. En suma, era una colección de los corazones más relevantes en veinte lugares a la redonda.

—¡Mira! —dijo Michel—. *Todos éstos han desdeñado los padecimientos y preocupaciones de la vida; ninguno de estos corazones late ya con angustia o pesar, y los antiguos propietarios se sienten bien al tener fuera de casa al inquieto huésped.*

—¿Y qué llevan ahora en el pecho? —preguntó Peter, que se sentía casi desmayado por todo lo que había visto.

—Esto —le respondió, tendiéndole un corazón de piedra que sacó de un cajón.

—¿Sí? —contestó Peter, sin poder evitar un escalofrío que le recorrió la piel—. *¿Un corazón de mármol? Pero, escuchad, señor Michel el Holandés, eso debe de resultar muy frío dentro del pecho.*

—Es evidente, pero de un frescor bastante agradable. *¿Por qué tiene que ser caliente un corazón? En invierno el calor no te sirve de nada; entonces es más útil un buen licor de cerezas que un corazón caliente, y en el verano, cuando todo es ardiente y bochornoso, no sabes cómo refresca un corazón así. Y lo dicho, en un corazón tal no late el miedo, la angustia, el terror o la compasión, ni otras miserias.*

—¿Y eso es todo lo que podéis darme? —preguntó Peter malhumorado—. *¡Espero dinero y queréis darme una piedra!*

—Bien, creo que por el momento tendrías bastante con cien mil florines. Si los mueves con habilidad, pronto llegarás a ser millonario.

—¿Cien mil? —gritó contento el pobre carbonero—. *No latas tan desenfrenado en mi pecho, que muy pronto vamos a terminar el uno con el otro. Bien, Michel, dadme la piedra y el dinero, y podéis sacar de la caja la intranquilidad.*

—Ya pensaba yo que eras un muchacho razonable —contestó el Holandés sonriendo amablemente—. *Ven, bebamos otra vez, y luego te entregaré el dinero.*

Se volvieron a sentar en el aposento a beber vino, y bebieron y bebieron hasta que Peter cayó en un sueño profundo.

Peter el carbonero se despertó con el alegre son de la corneta de un postillón y, ¡oh, maravilla!, se encontraba en un hermoso coche que corría por una amplia carretera, y cuando se asomó fuera del carruaje vio tras sí, en el horizonte lejano y azul, la Selva Negra. Al principio no podía creer que fuera él quien iba sentado en el coche, pues tampoco sus vestidos eran los que llevaba la víspera.

Sin embargo, se acordaba de todo con tanta claridad, que terminó por abandonar sus reflexiones y exclamó:

—Yo no soy otro que Peter Munk el carbonero, eso está claro.

Se asombró de no sentir nada de melancolía al dejar por primera vez su tierra tranquila, los bosques en los que había vivido tanto tiempo. Ni siquiera pudo hacer brotar de sus ojos una lágrima ni suspirar al pensar en su madre, que ahora estaba desamparada y en la miseria. Todo le era indiferente.

—¡Claro, es natural! —se dijo luego—. Las lágrimas y los suspiros, la nostalgia y la tristeza provienen del corazón y, gracias a Michel, el mío es frío y de piedra.

Se puso la mano sobre el pecho y allí había absoluta tranquilidad, nada se agitaba. Se dijo que, si con los cien mil mantenía su palabra tan bien como con lo del corazón, era seguro que se alegraría. Comenzó a registrar el coche. Encontró prendas de vestir de todo tipo que pudiera desear, pero no dinero. Por fin encontró en una bolsa muchos miles de táleros de oro y cheques contra casas comerciales de todas las grandes ciudades. «Ahora tengo todo lo que quería», pensó. Y sentado cómodamente en un rincón del carruaje, marchó por el mundo.

Peter viajó durante dos años. Desde su coche contemplaba las casas a derecha e izquierda; cuando se paraba, se limitaba a mirar el escudo de la posada, callejeaba después por la ciudad y hacía que le mostraran las más bellas curiosidades. Sin embargo, nada le alegraba: ni cuadros, ni casas, ni la música, ni el baile; su corazón de piedra no se interesaba por nada, y sus ojos y sus oídos eran insensibles a todo lo bello. No le había quedado más que el placer de comer, beber y dormir; así vivía, viajando sin rumbo por el mundo: comía para subsistir y dormía por aburrimiento. A veces recordaba que había sido más alegre y más feliz cuando aún era pobre y tenía que trabajar para ganarse la vida. Entonces, toda vista hermosa sobre el valle, la música y el canto le habían deleitado; durante horas enteras había esperado impaciente la sencilla comida que le llevaba su madre al horno de carbón. Cuando pensaba en el pasado, le resultaba muy raro no poder ahora ni siquiera reír, cuando en otros tiempos se había reído por la más mínima broma: contraía la boca por mera cortesía, pero su corazón no reía al mismo tiempo. Sentía que estaba muy tranquilo, eso sí, pero contento no se sentía. No fue la nostalgia ni la tristeza, sino el tedio, el vacío y la vida sin alegrías lo que al fin le hizo volver a su patria.

Cuando llegaba desde Estrasburgo y divisó los bosques espesos de su tierra, cuando por primera vez volvió a ver aquellas vigorosas figuras, aquellos rostros afables, leales, de las gentes de la Selva Negra, cuando sus oídos percibieron los ecos patrios, fuertes, profundos, pero melodiosos, se echó mano rápidamente a su corazón, pues la sangre hervía con más fuerza, y creyó que tenía que alegrarse y llorar al mismo tiempo, pero... ¿cómo podía ser tan estúpido? Sin duda, tenía un corazón de piedra, y las piedras están muertas y ni ríen ni lloran.

Su primera visita fue a Michel el Holandés, que le recibió con la amabilidad de antaño.

—Michel —le dijo—, ya he viajado y he visto todo, pero resulta que todo es una estupidez y no he hecho más que aburrirme. En definitiva, esa cosa vuestra de piedra que llevo en el pecho, es cierto que me preserva de algunas cosas: nunca me encolerizo, nunca estoy triste, pero tampoco me

alegre nunca y me parece como si sólo viviera a medias. ¿No podríais hacer un poco más emotivo el corazón de piedra? O mejor, devolvedme mi viejo corazón; en veinticinco años me había acostumbrado a él y, aunque de vez en cuando hacía alguna tontería, era un corazón alegre y feliz.

El genio del bosque se echó a reír fiera y ásperamente.

—Cuando te mueras, Peter Munk —contestó—, no te faltará. Entonces volverás a tener tu corazón blando y compasivo, y podrás sentir lo que proceda, alegría o dolor, pero aquí arriba ya no puede ser tuyo. Por cierto, Peter, que has viajado, pero tal como vivías no podía aprovecharte. Establécete ahora aquí, en cualquier lugar de la Selva; constrúyete una casa, cástate, acrecienta tus riquezas; sólo te ha faltado trabajo, porque al estar ocioso te aburrías y ahora le culpas de todo a ese inocente corazón.

Peter se dio cuenta de que tenía razón en lo referente a la ociosidad y se propuso hacerse cada vez más rico. Michel volvió a regalarle cien mil florines y le despidió como a un buen amigo.

Pronto se supo en la Selva Negra la noticia de que Peter el Carbonero o “Peter el Jugador” estaba otra vez allí, y aún más rico que antes. También ahora ocurrió lo de siempre. Cuando se vio reducido a la miseria, le plantaron de patitas en la calle, y ahora, al hacer su entrada triunfal en una tarde de domingo, le dieron apretones de manos, ponderaron su caballo, le preguntaron por su viaje y, cuando volvió a jugarse táleros de plata con Ezequiel el Gordo, se le tuvo en tan alta estima como antes. Ahora no se dedicó a la vidriería, sino al comercio de la madera, aunque sólo en apariencia. Su comercio principal era con cereales y dinero. Media Selva Negra le iba siendo deudora, pero él sólo prestaba dinero al diez por ciento o vendía grano al triple de su valor a los pobres que no le podían pagar al contado. Ahora tenía buena amistad con el prefecto. Y, si alguien no le pagaba al señor Munk justo en la fecha exacta, allí se dirigía el prefecto con sus esbirros, tasaba la hacienda, la vendía de inmediato y echaba al padre, a la madre y al hijo al bosque. Al principio, esto le causaba algún disgusto al rico Peter, pues los pobres embargados asediaban en masa su puerta, los hombres pedían indulgencia, las mujeres trataban de ablandar su corazón de piedra y los niños imploraban de rodillas un trocito de pan. Pero una vez que se procuró un par de magníficos mastines, terminó todo aquel concierto de gatos, como él lo llamaba. Silbaba y azuzaba a los perros y entonces los mendigos huían en desbandada gritando. El mayor fastidio se lo producía la «vieja». Ésta no era otra que la señora Munk, la madre de Peter. Se había quedado en la miseria al serle vendida su hacienda y, cuando su hijo volvió rico, no había vuelto a ocuparse de ella. Ahora, vieja, débil y enferma, venía a veces con su bastón ante la casa. No se atrevía a entrar, pues ya en una ocasión su hijo la había echado a la calle, pero le dolía tener que vivir de la caridad de otras personas, cuando su propio hijo habría podido proporcionarle una vejez tranquila. Pero el corazón de piedra no se conmovía nunca a la vista de las facciones pálidas y bien conocidas, de la mirada suplicante, de las manos marchitas tendidas, de la figura decrepita. Cuando llamaba los sábados a su puerta, él, malhumorado, se sacaba del bolsillo una moneda de seis, la envolvía en un papel y mandaba a un criado que la entregase fuera. Escuchaba su temblorosa voz al darle las gracias y desearle que le fuese bien en este mundo; la oía alejarse de la puerta despacito, tosiendo, pero lo único que pensaba era que había vuelto a despilfarrar seis céntimos.

Finalmente, Peter concibió también la idea de casarse. Sabía que en toda la Selva Negra cualquier padre le hubiera dado con gusto a su hija; pero su elección era difícil, pues quería que también en este caso se elogiase su fortuna y su inteligencia; por ello cabalgó por toda la Selva mirando por todas partes, y ninguna de las bellas jóvenes de la Selva Negra le pareció bastante hermosa. Por fin, y después de haber buscado en vano por todos los bailes a la más bella, oyó un día que la más hermosa y virtuosa de todo el bosque era la hija de un pobre leñador. Llevaba una vida tranquila y apartada, cuidaba con maña y solicitud la casa de su padre y no se dejaba ver jamás en el baile, ni siquiera por Pentecostés o para la verbena. Cuando Peter oyó hablar de aquella maravilla, decidió pedir su mano y se dirigió a la choza que le habían indicado. El padre de la hermosa Lisbeth recibió con asombro al distinguido señor y se sorprendió más aún al oír que era el rico señor Munk y que quería convertirse en su yerno. No lo dudó mucho, pensando que su pobreza y sus preocupaciones iban a terminar; accedió sin preguntar a la hermosa Lisbeth, y la buena niña fue tan obediente que se convirtió sin protestar en la esposa de Peter Munk.

Pero a la desdichada no le fue tan bien como se había imaginado. Creía conocer bien la organización doméstica, pero no podía hacer las cosas a gusto del señor Munk: ella tenía compasión de la gente pobre y, como su marido era rico, pensaba que no sería ningún pecado dar unos céntimos a una pobre mendiga o una copita a un anciano. Pero un día en que el señor Peter Munk se dio cuenta de esto, dijo con mirada torva y voz bronca:

—¿Por qué derrochas mi riqueza con bribones y vagabundos? ¿Has aportado a la casa algo que puedas regalar? Con el palo de mendigo de tu padre no hay ni para calentar una sopa y tú derrochas el dinero como una princesa. Si te vuelvo a sorprender otra vez, te enterarás del peso de mi mano.

La hermosa Lisbeth lloraba en su habitación por los duros sentimientos de su marido y a menudo deseaba estar en su hogar, en la pobre cabaña de su padre, antes que vivir en casa de Peter, rico, pero avaro y duro de corazón. ¡Ah!, si hubiera sabido que tenía un corazón de mármol y que no podía amarla a ella ni a ninguna otra persona, no le habría extrañado. Pero ahora, cada vez que se sentaba junto a su puerta y pasaba un mendigo, se quitaba el sombrero y empezaba su cantinela, ella cerraba los ojos para no ver la miseria, apretaba las manos para no meterlas sin querer en el bolsillo y sacar un simple cruzado. Así ocurrió que la bella Lisbeth adquirió mala fama por toda la Selva y se dijo que era todavía más avara que Peter Munk. Pero un día estaba sentada delante de su casa hilando, mientras susurraba una canción, pues estaba alegre porque hacía buen tiempo y el señor Munk se había ido a cabalgar por el campo. Por el camino apareció un Hombrecillo anciano, con un saco grande y pesado, y ella le oyó jadear ya desde lejos. La señora Munk le contemplaba pensativa y pensaba que no se debería cargar con tanto peso a un hombre tan anciano.

En esto, el hombrecillo se acercó jadeando e inseguro y, al llegar frente a ella, casi se desplomó bajo el peso de su saco.

—¡Ay, señora, por caridad, dadme un trago de agua —le dijo—, que no puedo seguir y estoy a punto de morirme de sed!

—A vuestra edad no deberíais llevar una carga tan pesada —dijo la señora Munk.

—Sí, desde luego, si no tuviera que hacer de recadero para ganarme la vida a causa de mi pobreza —respondió—. ¡Ah, una mujer tan rica como vos no sabe cuánto dolor trae la pobreza y lo bien que sienta un trago fresco con este calor!

Al oír esto, corrió a la casa, tomó un jarro del vasar y lo llenó de agua. Pero, al volver y estar sólo a unos pasos del hombrecillo y verle, sentado sobre el saco, tan decrepito y miserable, sintió una íntima compasión de él y pensó que, después de todo, su marido no estaba en casa; así que dejó a un lado el jarro de agua, cogió un vaso y lo llenó de vino, colocó encima un pan de centeno y se lo llevó al anciano.

—Bueno, un trago de vino puede que os siente mejor que el agua, pues sois ya anciano; pero no bebáis tan de prisa y, además, comed pan.

El viejecillo la miró sorprendido, hasta que gruesas lágrimas aparecieron en sus viejos ojos, bebió y luego dijo:

—Ya he llegado a viejo, pero he visto pocas personas que fueran tan compasivas y supieran repartir sus limosnas tan bella y cordialmente como vos, señora. Por ello os irá muy bien en este mundo; un corazón así no queda sin recompensa.

—¡No, y la recompensa la va a tener al momento! —gritó una voz terrible.

Y, al volverse, vieron al señor Munk con la cara congestionada.

—¿Incluso el mejor de mis vinos se lo das a los mendigos y mi vaso es para los labios de los vagabundos? ¡Pues toma tu recompensa!

Lisbeth se arrojó a sus pies y le pidió perdón, pero el corazón de piedra no conocía la compasión. Peter dio la vuelta a la fusta que tenía en la mano, y con el puño de madera de ébano golpeó tan fuerte la hermosa frente, que cayó exánime en los brazos del anciano. Al verlo Peter, fue como si en el momento se arrepintiese; se inclinó para mirar si aún tenía vida, pero el hombrecillo dijo con una voz bien conocida:

—No te molestes, carbonero; era la flor más hermosa y con más encanto de toda la Selva Negra, pero la has destruido y ya no volverá a florecer.

—¿Así que sois vos, señor Tesorero? Bien, lo pasado, pasado está, y así tendría que ocurrir. Espero que no me denunciéis por asesino ante los tribunales.

—¡Desdichado! —replicó el Hombrecillo de Cristal—. ¿Qué ganaría con mandar a la horca tus mortales despojos? No son los tribunales mortales los que has de temer, sino otros y más severos, pues has vendido tu alma al diablo.

—¡Si he vendido mi corazón —chilló Peter—, ha sido sólo por culpa tuya y de tus tesoros; tú, espíritu pérfido, me has llevado a la perdición, me has incitado a buscar ayuda de otro y sobre ti cae toda la responsabilidad!!

Apenas había dicho esto, cuando el Hombrecillo de Cristal creció y se hinchó, se hizo muy alto y ancho, y sus ojos diríase que eran tan grandes como platos, y su boca era un horno encendido y de ella salían llamas fulgurantes. Peter cayó de rodillas y ni su corazón de piedra le libró de que sus miembros temblaran como una hoja. Con garras de buitres, el genio del bosque le atrapó por el

cuello, le volteó como hace un remolino de viento con las hojas secas y le lanzó al suelo de modo que todas sus costillas crujieron.

—¡Gusano! —gritó con una voz que sonaba como un trueno—. *Podría aniquilarte si quisiera, pues has ofendido al señor de la Selva. Pero, por esta mujer muerta, que me dio de comer y de beber, te doy ocho días de plazo. Si no te conviertes al bien, vendré y reduciré tus huesos a polvo, y morirás en pecado.*

Era ya de noche cuando algunos hombres que pasaban vieron al rico Peter Munk echado en el suelo. Le volvieron de un lado y otro y trataron de ver si aún respiraba, pero fue en vano. Al fin uno entró en la casa, trajo agua y le roció con ella. Peter volvió a respirar profundamente, gimió y abrió los ojos, miró largo rato a su alrededor y preguntó luego por Lisbeth, pero ninguno la había visto. Dio las gracias a los hombres por su auxilio, se arrastró hasta su casa y buscó por todas partes, pero la señora Munk no estaba ni en la bodega ni en el desván; era amarga realidad lo que él había tenido por un mal sueño. Como estaba completamente solo, le vinieron raros pensamientos; no se asustaba de nada, porque su corazón era frío; pero, al pensar en la muerte de su esposa, le vino a la mente su propia muerte y lo cargado que iba a morir, cargado pesadamente con las lágrimas de los pobres, con sus miles de súplicas que no lograron ablandarle el corazón, con las quejas de los miserables contra los que había azuzado su perro, cargado con la callada desesperación de su madre, con la sangre de la buena y hermosa Lisbeth. Ni siquiera podría dar cuenta a su anciano padre, cuando viniera a preguntarle: «¿Dónde está mi hija, tu mujer?». ¿Cómo iba entonces a soportar las preguntas de ese Otro a quien pertenecen todos los bosques, mares, montañas y... las vidas de los hombres?

También estuvo atormentado durante el sueño y a cada momento le despertaba una voz dulce que le llamaba: «¡Peter, Peter, búscate un corazón más cálido!». Y, al despertar, volvió a cerrar rápido los ojos, porque por la voz debía de ser Lisbeth la que le gritaba esta advertencia. Al día siguiente fue a la taberna para distraer su imaginación y encontró al gordo Ezequiel. Se sentó a su lado, hablaron de esto y lo otro, del buen tiempo, de la guerra, de los impuestos y, finalmente, también de la muerte y de cómo aquí y allá había muerto alguno de repente. Peter le preguntó entonces al Gordo qué opinaba de la muerte y de lo que vendría después. Ezequiel le contestó que el cuerpo lo enterraban, pero el alma subía al cielo o bajaba a los infiernos.

—¿Entonces se entierra también el corazón? —pregunto Peter impaciente.

—Pues claro, también se le entierra.

—¿Y si uno no tiene su corazón? —continuó Peter. Al decir esto, Ezequiel le lanzó una mirada asesina.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Quieres tomarme el pelo? ¿Piensas que yo no tengo corazón?

—¡Oh, corazón tienes suficiente! Pero duro como una piedra —replicó Peter.

Ezequiel le miró sorprendido, volvió la cabeza para ver si alguien lo había oído y dijo luego:

—¿Y tú cómo lo sabes? ¿O es que acaso tampoco late el tuyo?

—Ya no late, por lo menos aquí en mi pecho —contestó Peter Munk—. Pero dime, puesto que ahora ya sabes lo que quiero decir, ¿qué pasará con nuestros corazones?

—¿Y a ti qué te importa, compañero? —preguntó Ezequiel riendo—. Tienes de todo de sobra y eso basta. Precisamente, lo cómodo de nuestros corazones fríos es que no nos sobrecoge el miedo ante tales pensamientos.

—Es cierto, pero a pesar de todo se piensa en ello y, aunque ahora yo no conozca el miedo, sé muy bien lo mucho que me asustaba el infierno cuando era todavía un muchacho inocente.

—Bueno, no es que nos vaya a ir bien —dijo Ezequiel—. Una vez pregunté sobre este asunto a un maestro de escuela, y me dijo que después de la muerte se pesarían nuestros corazones para ver el peso de nuestros pecados. Los ligeros suben, los pesados se hunden, y yo pienso que nuestras piedras tendrán un buen peso.

—Desde luego —respondió Peter—, y a veces incluso me resulta incómodo que mi corazón se quede tan impasible y totalmente indiferente mientras pienso en estas cosas.

Así hablaron, pero la noche siguiente Peter oyó la voz familiar susurrarle cinco o seis veces al oído: «¡Peter, búscate un corazón más cálido!». No sentía arrepentimiento por haberla matado, pero, cuando decía a los criados que su mujer estaba de viaje, pensaba siempre: «¿Adónde puede haberse ido de viaje?». Así habían pasado seis días, y por la noche seguía oyendo la voz y pensaba continuamente en el genio del bosque y en su terrible amenaza. Pero en la mañana del séptimo día saltó de la cama y gritó:

—¡Pues sí, veré si me puedo buscar uno más cálido, pues esta piedra indiferente de mi pecho sólo me hace la vida aburrida y monótona!

A toda prisa se puso sus mejores galas, subió a su caballo y se dirigió hacia la colina de los abetos. En la colina de los abetos, donde la arboleda era más impenetrable, desmontó, ató el caballo y se dirigió con paso rápido a la cima de la colina. Cuando estuvo delante del enorme abeto, comenzó a recitar:

Tesorero de este bosque,
que cuentas años a cientos,
es tuya toda la tierra
donde se hallan los abetos:
sólo dejas que te vean
los que en domingo nacieron.

Entonces apareció el Hombrecillo de Cristal, pero no amable y cordial como antaño, sino sombrío y triste. Llevaba un trajecito de cristal negro y del sombrero le caía un largo crespón de luto. Peter sabía muy bien por quién llevaba luto.

—¿Qué quieres de mí, Peter Munk? —preguntó con voz sorda.

—Me queda todavía un deseo, señor Tesorero del Bosque —respondió Peter con los ojos fijos en el suelo.

—¿Pueden acaso desear los corazones de piedra? Tú tienes todo lo que necesitas para tu mal corazón y difícilmente podré cumplir tu deseo.

—Pero me habéis concedido tres deseos; aún me sigue quedando uno.

—Pero puedo negártelo si es disparatado —continuo el genio del bosque—; pero, venga, escucharé lo que quieres.

—Pues sacadme la piedra muerta y dadme mi corazón vivo —dijo Peter.

—¿He sido yo quien ha hecho el trato contigo? —pregunto el Hombrecillo de Cristal—. ¿Soy Michel el Holandés, el que regala riqueza y corazones fríos? Allí, en su casa, has de buscar tu corazón.

—¡Ah, él no lo devuelve jamás! —respondió Peter.

—Por malo que seas, me da lástima de ti —dijo el Hombrecillo después de pensar un poco—. Puesto que tu deseo no es disparatado, al menos no puedo negarte mi ayuda. Escucha, pues. Tu corazón ya no lo puedes conseguir por la fuerza, pero sí con una treta; y tal vez no será tan difícil, pues Michel sigue siendo tonto, aunque se imagina que es tremendamente inteligente. Vete a verlo y haz lo que voy a decirte.

Y le informó de todo, dándole una crucecita de cristal:

—No puede atentar contra tu vida y te dejará libre si se la colocas delante y rezas. Cuando hayas conseguido lo que has pedido, vuelve otra vez junto a mí, en este lugar.

Peter tomó la crucecita, grabó en su memoria todas las palabras del Hombrecillo y continuó su camino hasta la casa de Michel el Holandés. Pronunció su nombre tres veces y de inmediato se presentó el gigante.

—¿Has matado a tu mujer? —le preguntó con una risa espantosa—. También yo lo hubiera hecho: ha dado tus riquezas a los mendigos. Tendrás que marcharte fuera del país por algún tiempo, pues se armará ruido cuando no la encuentren. ¿Necesitas dinero y vienes a buscarlo?

—Lo has adivinado —contestó Peter—; y esta vez será mucho, pues hasta América hay mucho camino.

Michel se adelantó y le llevó hasta su cabaña; allí abrió un arca en la que había mucho dinero y sacó cartuchos enteros de oro. Mientras los contaba encima de la mesa, Peter dijo:

—Eres un charlatán, Michel: me has engañado con eso de que tenía una piedra en el pecho y tú tenías mi corazón.

—¿Y no es así? —preguntó Michel atónito—. ¿Sientes el corazón? ¿No está frío como el hielo? ¿Tienes miedo o pesadumbre, puedes arrepentirte de algo?

—Sólo has paralizado mi corazón, pero lo tengo todavía en el pecho, y Ezequiel también; él me ha dicho que nos has engañado. No eres capaz de arrancarle a uno el corazón del pecho sin peligro. En ese caso tendrías que entender de brujería.

—Pues yo te aseguro —gritó Michel malhumorado— que Ezequiel y tú, y todos los ricos que han pactado conmigo, tienen un corazón de piedra como el tuyo, y su verdadero corazón lo tengo aquí en mi cámara.

—¡Vaya, cómo ensartas las mentiras! —se echó a reír Peter—. Engaña a otro con eso. ¿Crees que en mi viaje no he visto docenas de esos juegos de manos? Los corazones que tienes ahí en tu cámara son imitaciones de cera. Eres un hombre rico, eso lo confieso, pero no sabes de brujerías.

El gigante se encolerizó y abrió bruscamente las puertas de la cámara.

—Entra y lee todas las etiquetas, y aquélla, mira: ése es el corazón de Peter Munk. ¿Ves cómo palpita? ¿Se puede hacer eso con cera?

—¡Pues es de cera! —respondió Peter—. Así no late un verdadero corazón, yo tengo el mío todavía en el pecho. ¡No, tú no puedes hacer hechicerías!

—¡Te lo voy a probar! —gritó encolerizado—. Vas a comprobar por ti mismo que éste es tu corazón.

Lo cogió, rasgó el jubón de Peter, sacó una piedra de su pecho y se la mostró. Después cogió el corazón, lo sopló y se lo colocó con cuidado en su lugar. Peter sintió al instante cómo latía y pudo otra vez alegrarse de ello.

—¿Cómo te sientes ahora? —preguntó Michel sonriendo.

—Es cierto que tenías razón —dijo, sacando con cautela la crucecita del bolsillo—. ¡No hubiera creído que se podía hacer una cosa semejante!

—¿Verdad? Ya ves que puedo hacer hechicerías; pero ven, que voy a colocarte otra vez la piedra dentro.

—Despacio, Michel —exclamó Peter, dando un paso atrás y presentándole la crucecita—. Te he cazado como al ratón con queso y esta vez eres tú el engañado.

Al mismo tiempo se puso a rezar lo primero que se le ocurrió. Michel se hizo entonces más y más pequeño, cayó retorciéndose hacia todos los lados como un gusano, gimió y se lamentó, y todos los corazones guardados empezaron a palpar y a latir, de tal manera que se oía un sonido como en el taller de un relojero. Peter se asustó, le embargó una misteriosa inquietud y, lanzándose fuera de la cámara y de la casa, llevado por el miedo, trepó por la pared de la roca al oír cómo se levantaba Michel, pataleaba y se encolerizaba lanzando terribles maldiciones. Ya arriba, corrió hacia la colina de los abetos. Se desencadenó una terrible tormenta, caían los rayos a su derecha y a su izquierda partiendo los árboles, pero llegó sano y salvo a la morada del Hombrecillo de Cristal.

Éste estaba sentado al pie del abeto y fumaba una pequeña pipa, pero parecía más contento que antes.

—¿Por qué lloras, carbonero Peter? —preguntó—. ¿No has conseguido tu corazón? ¿Está todavía el frío en tu pecho?

—¡Ah, señor! —se lamentó Peter—. Cuando llevaba todavía el corazón de piedra no lloraba nunca, mis ojos estaban secos como la tierra en julio; ahora, el viejo corazón casi se me quiere partir por lo que he hecho. A mis deudores los arruiné, azucé los perros contra pobres y enfermos, y vos sabéis muy bien... ¡cómo cayo mi fusta sobre su hermosa frente!

—¡Peter! ¡Has sido un gran pecador! —dijo el Hombrecillo—. El dinero y la ociosidad te pervirtieron hasta que tu corazón se convirtió en piedra y ya no conoció la alegría, ni el dolor, ni el arrepentimiento, ni la compasión. Pero el arrepentimiento reconcilia y, si supiera que tu vida te duele de verdad, podría hacer aún algo por ti.

—No quiero nada más —contestó Peter dejando caer abatido la cabeza—. Para mí ha terminado todo. Mi vida ya no puede alegrarme. ¿Qué puedo hacer yo solo en este mundo? Mi madre no me perdonará jamás lo que le he hecho: tal vez la he enviado a la tumba, ¡monstruo de mí! Y Lisbeth, ¡mi mujer!... Es preferible que me matéis, señor Tesorero, y así acabará de una vez mi desdichada vida.

—Bien —replicó el Hombrecillo—, si no quieres más que eso, puedes tenerlo; tengo a mano mi hacha.

Muy tranquilo se quitó de la boca su pipa pequeña, la golpeó para vaciarla y se la guardó. Luego se levantó despacio, yéndose detrás de los abetos. Peter se sentó a llorar sobre la hierba: su vida ya no le importaba y esperaba el golpe mortal con paciencia. Poco después, oyó unos pasos ligeros a su espalda y pensó que ya se acercaba.

—¡Vuelve la cabeza, Peter Munk! —le gritó el Hombrecillo.

Se enjugó las lágrimas de los ojos, se volvió y vio ¡a su madre y a Lisbeth, su esposa, que le miraban cariñosamente! Dio un salto de alegría.

—¿No estás muerta, Lisbeth? Y también vos estáis aquí, madre: ¿me habéis perdonado?

—Ellas quieren perdonarte —dijo el Hombrecillo de Cristal—, pues sientes verdadero arrepentimiento y hay que olvidarlo todo. Vuelve ahora a casa, a la choza de tu padre y **sé carbonero como antes**. Si eres bueno y honrado, honrarás tu oficio, y tus vecinos te querrán y te respetarán más que si tuvieras diez toneladas de oro.

Así habló el Hombrecillo de Cristal y se despidió de ellos. Los tres le alabaron y le bendijeron, y marcharon a su hogar.

La lujosa casa del rico Peter ya no existía. Un rayo la había incendiado y había ardido con todos sus tesoros. Sin embargo, la choza paterna no estaba lejos. Se dirigieron hacia allí, sin preocuparse ¡Y cómo se asombraron al llegar a la choza! Se había convertido en una hermosa casa campesina, y todo era en ella sencillo, pero bueno y pulcro.

—¡Esto lo que ha hecho el buen Hombrecillo de Cristal! —exclamó Peter.

—¡Qué lindo! —dijo Lisbeth—. Me siento mucho más a gusto que en la gran casa, con tantos criados.

Desde entonces, Peter Munk fue un hombre trabajador y honrado. Estaba satisfecho con lo que tenía; se dedicó a trabajar sin cesar y así llegó a ser rico por su propio esfuerzo, y a la vez respetado y querido en toda la Selva. Ya no reñía con su mujer, respetaba a su madre y daba limosna a los pobres que llamaban a su puerta. Cuando pasado un tiempo, Lisbeth dio a luz un hermoso niño Peter marchó a la colina de los abetos y pronunció sus versos. Pero el Hombrecito de Cristal no apareció.

—¡Señor Tesorero! —exclamó en voz alta—. Escuchadme: sólo quiero pedirlos que seáis el padrino de mi hijito.

No hubo respuesta. Sólo una pequeña ráfaga de viento soplo por entre los abetos e hizo caer en la hierba algunas piñas.

—Me llevaré esto de recuerdo, ya que no habéis querido dejaros ver —exclamó Peter, metiéndose las piñas en el bolsillo, y se fue a su casa.

Ya allí, cuando se quitó el traje de fiesta y su madre vació los bolsillos y se disponía a meter el jubón en el arcón cayeron cuatro espléndidos cartuchos de dinero, y al abrirlos resultó que eran táleros auténticos, sin uno solo falso entre ellos. Y aquél fue el regalo de padrino del Hombrecillo del bosque de los abetos para el pequeño Peter.

Así vivieron tranquilos y ocupados, y después, cuando Peter Munk tenía ya el cabello gris, decía a menudo:

-Es mejor contentarse con poco que tener oro y riquezas, pero un corazón frío.

Aportación de IdeasWaldorf